

El hogar infinito

ÁLVARO GUTIÉRREZ

451 Editores. Madrid, 2012

292 páginas, 16'50 euros

No tengo noticias de Álvaro Gutiérrez, salvo el hecho de que con esta novela comienza su carrera literaria. Es un novel, sí, pero, por fortuna, un novel que tiene algo que decir en torno a un asunto que parece conocer bien: la vida de los indigentes, de las gentes que, por distintas circunstancias, han hecho de la calle su hogar y duermen en las aceras, protegidos por cartones y junto a sus escasos enseres, o se refugian en portales, pasos subterráneos, parques solitarios y cajeros para resguardarse del frío. Es el mundo de los desamparados, al que poquísimas veces se acerca la literatura, salvo para extraer de él algún personaje episódico sin integrarlo en el meollo de la obra. En 2011 —por citar una excepción reciente—, Emma Cohen rozó con más voluntad que acierto este asunto en su novela *Ese vago res-*

plandor. Aquí, Álvaro Gutiérrez se sumerge de lleno en él: todos los personajes pertenecen al ámbito de los seres desvalidos y miserables, e incluso el relato es el conjunto de anotaciones que uno de ellos va escribiendo a ratos y de forma discontinua —en breves capítulos donde alternan, sin sujeción a una cronología rigurosa, reflexiones, noticias y recuerdos— en una vieja libreta heredada de otro indigente fallecido, apodado el Marqués. El improvisado cronista cursó estudios de secun-

daria (p. 28), estuvo casado y tiene una hija de la que nada ha vuelto a saber, como confiesa a los entrevistadores de la televisión (p. 149).

Este narrador convive o mantiene encuentros ocasionales con otros sujetos que han elegido también vivir en la calle o se han visto forzados a ello, como el Ruso —que es en realidad un polaco inmigrado, notable músico de jazz—, el Blablá, el Marqués, la Lagartija, Miro,



ÁLVARO GUTIÉRREZ

Álvaro Gutiérrez es un novel, sí, pero, por fortuna, un novel que tiene algo que decir en torno a un asunto que parece conocer bien: la vida de los indigentes

el Sweet, el Piojo, el antiguo militar, personajes con historias desdichadas —que incluyen familias rotas, alcoholismo, perturbaciones mentales— a los que la calle «había podrido por dentro» (p. 97), casi todos ellos delineados con eficacia. Como fondo se insinúan sin veladuras distintos motivos que a veces acompañan la vida de la calle: el hambre, el frío, la prostitución infantil, cierto acoso por parte de las autoridades, a raíz de las protestas de vecinos impacientes, las sádicas agresiones que

sufren algunos indigentes a manos de grupos violentos y brutales de jóvenes, los brotes de solidaridad surgidos en medio de la desgracia.

El narrador cuenta, por lo general, sin circunloquios, en un relato escueto y directo que deja algunas frases a medias —como en el habla coloquial—, cortadas por puntos suspensivos, renunciando a detalles que el lector podrá completar. Su relativa ilustración —como la del Marqués— explica sus comentarios acerca de algunas obras de teatro (de Beckett, de Arrabal) a las que asiste agazapado en la parte alta del edificio. A pesar de todo, acaso hubiera convenido podar algunas expresiones demasiado cultas de su discurso, cuando el autor se impone al personaje y lo desplaza: “Las salas de espera me resultan entes vacíos [...] Cuán distinto a aquello” (p. 138). Y hay algunas contradicciones. Si el personaje dice “encima mío” (p. 256) no parece congruente que, unas líneas más adelante, diga que su

agresor “retoma las patadas” (por ‘reanuda, repite’). Y parece excesivo que el Ruso, con su español recién

aprendido, sea capaz de afirmar, por mucha que sea su capacidad para asimilar idiomas, que el olfato es el sentido “de la curiosidad, la perspicacia, la indagación. Si se me apura, hasta el del figoneo” (p. 53). O que la vieja adivina hable de “indagar en el devenir de mi propia existencia” (p. 232). Estos pequeños lunares no reducen, sin embargo, el interés de *El hogar infinito*, primera botadura de un navío que debería garantizar futuras navegaciones. **RICARDO**

SENABRE

Margarita de Parma

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

La Esfera. Madrid, 2013.

386 páginas, 21'80 euros

Viuda a los catorce años de un Médici, casada después con un Farnesio, Margarita de Parma (1522-1586) fue la única hija ilegítima de Carlos V reconocida por el emperador, pero su destino, marcado desde la cuna, le permitió recibir una educación insólita en una mujer de su tiempo, y gobernar los Países Bajos en un periodo especialmente convulso, tiznado de deslealtades y violencias. Su historia, que pocos novelistas actuales podrían imaginar, es recreada con extraordinario pulso por María Teresa Álvarez (Candas, 1945), que ya había recuperado a otras olvidadas de nuestra historia, como la infanta Paz de Borbón, Catalina de Lancaster, Madre Sacramento, Maribárbola o la pasión última de Carlos, y que en este volumen desmiente los prejuicios que los historiadores al uso mantienen hacia quienes narran el pasado.

Lo mejor, quizá, sea la descripción de los encuentros de doña Margarita con su esquivo padre, la historia de sus matrimonios, los conflictos que tuvieron Europa, sus desencuentros con su hermanastro Felipe II, o su estrecha relación con su confesor, Ignacio de Loyola. Y, desde luego, la amenidad con la que recrea, con documentos contrastados, una época que no por conocida deja de asombrar al lector. **ELENA G. OLMOS**